

Medios y política en Gran Bretaña. O cómo los laboristas conquistaron al *conservador* Rupert Murdoch

Aurora Labio Bernal
Universidad de Sevilla

Resumen

Durante los años ochenta y hasta mediados de la siguiente década, los medios de comunicación de Rupert Murdoch fueron fieles a la doctrina conservadora. La prensa del magnate australiano jugó así un importante papel en las victorias de los *tories* y en las derrotas consecutivas de los laboristas. El apoyo de Margareth Thatcher en la expansión y desarrollo del imperio News Corporation permitió a Murdoch crear una red mediática a través de la que devolvía los favores a la Primera Ministra. Sin embargo, la sucesión de John Major vendría a inaugurar una etapa de declive del partido, así como un distanciamiento entre el líder conservador y el que había sido su apoyo de cara a la opinión pública, algo que se agudizó con la aprobación en 1995 de un paquete de medidas bautizadas coloquialmente como “Ley Antimurdoch”. En este contexto, un joven Tony Blair decidió aprovechar la situación para pegar un golpe de timón que le llevó de las serias amenazas en la legislación de medios de su país, en caso de ganar, a un acercamiento paulatino hasta Rupert Murdoch. Cuando en 1997, los laboristas lleguen al poder, Blair se olvidará de las críticas realizadas desde la oposición y consolidará su entendimiento con el empresario. Desde ese momento, los periódicos de Murdoch cambiarán de signo y apoyaran al Primer Ministro, sobre todo en delicadas situaciones como la guerra de Irak. El gobierno Blair será agradecido con este posicionamiento y aprobará a finales de 2002 la Communication Bill, una legislación favorable a la concentración mediática. De este modo, consideramos que todas estas cuestiones necesitan ser analizadas con mayor detenimiento para entender la historia reciente de Gran Bretaña en materia de comunicación.

Introducción

En julio de 2006, un año antes de la dimisión de Tony Blair, el controvertido Rupert Murdoch le ofreció al primer ministro británico la posibilidad de ocupar un puesto en el consejo de administración de News Corporation. Por las mismas fechas, también había hecho una oferta parecida a José María Aznar, mientras realizaba un acercamiento a Hillary Clinton, entonces candidata a la presidencia norteamericana. Este coqueteo político del magnate australiano ilustra su particular forma de hacer negocio a partir del intercambio de favores. Consciente del poder de influencia de sus medios sobre la opinión pública, la carrera de Murdoch ha estado basada en muchas ocasiones en su entendimiento con la clase política según el momento y el lugar. Por eso, definirle como *conservador* no deja de ser una etiqueta para caracterizarle, aunque no para conocer su verdadera identidad política. Realmente, Rupert Murdoch se debe a su corporación y sus vaivenes ideológicos estarán motivados por los intereses que de manera más segura beneficien su crecimiento y expansión. Tal y como reconoció a la senadora demócrata Bárbara Boxer, cuando esta le preguntó si creía que debía existir algún límite a su creciente control mediático en Estados Unidos, el dueño de News Corporation confesó abiertamente que “por supuesto que no”.

Esta filosofía empresarial es la que nos va a permitir adentrarnos en la evolución que el magnate realiza en Gran Bretaña. A mediados de los noventa, Enric Frattini y Yolanda Colías escribieron un libro sobre diferentes líderes de grupos multimedia, en el que afirmaban que “el apoyo adulador que concede Murdoch a los políticos le ha dado brillantes resultados y no menos pingües beneficios¹”. En el plano anecdótico, ambos autores señalan la juventud radicalizada del australiano, a quien en su etapa universitaria se le conocía como *Rupert el Rojo*, por su entonces admiración del líder soviético Lenin. Este curioso pasado, sin embargo, conecta con el Murdoch más actual, cuando su cadena de televisión por satélite en Asia, Sky TV, ha decidido censurar a la BBC para no irritar al Partido Comunista Chino. Es su *modus operandi* a nivel planetario, una flexible adaptación política que asegure su supervivencia sin trabas legales.

¹ FRATTINI, Enric y COLÍAS, Yolanda: *Tiburones de la comunicación*, Ediciones Pirámide, Madrid, 1996.

Precisamente, esta forma de actuar es la que nos lleva al planteamiento de este trabajo, centrándonos en el caso concreto de Gran Bretaña. Cuando los autores citados más arriba publicaron su trabajo, no podían imaginar el giro ideológico de los media británicos apenas dos años después. Frattini y Colías se centraban en la etapa que va de los años setenta a los noventa, cuando Murdoch es un incondicional defensor de los conservadores y de su líder, Margaret Thatcher. Es conocido el hecho de que Rupert Murdoch había iniciado sus negocios en Australia en 1953, aunque unos años después decidió comenzar su carrera transnacional en Gran Bretaña. Será a partir de este momento cuando el gobierno de la primera ministra juegue un papel fundamental en la expansión del imperio News Corporation. Sobre esta cuestión, los profesores Peter Golding, David Deacon, Jim McGuigan, Heather Purdey y Sarah Rawson afirman abiertamente:

“Margaret Thatcher cultivó buenas y cercanas relaciones con magnates de medios de comunicación como Rupert Murdoch y Conrad Black. En numerosas ocasiones esta proximidad se saldó con una colisión de intereses poco afortunada, ya que el incondicional apoyo editorial de los periódicos de estos magnates se recompensó con un trato regulador privilegiado a la hora de adquirir más negocios. Seguramente, no podríamos entender la alta presencia de Rupert Murdoch en el terreno mediático de Gran Bretaña sin los favores proporcionados por la señora Thatcher².”

Es por eso, sorprendente que en las elecciones de 1997, los medios de News Corporation cambiaran de signo y decidieran entregarse a la causa laborista. Esta circunstancia llevó a John Major, líder del partido conservador en aquel momento, a pronunciarse de manera abierta en un discurso ante la *Newspaper Society*. Entre otras cuestiones, el primer ministro solicitó a la prensa que abandonara la tendencia simplificadora que obligaba a los políticos a “mantener una guerra en las alturas para poder afrontar un debate nacional³”.

Cuando Major lanzaba estas palabras no sólo se refería a los periódicos que tradicionalmente habían apoyado a la oposición, sino sobre todo a aquellos alineados con el thatcherismo. Especialmente dos títulos, el sensacionalista *The Sun* y el de

² GOLDIN, Peter; DEACON, David; MCGUIGAN, Jim; PURDEY, Heather y RAWSON, Sarah: *The Case of Great Britain*, Loughborough University, Communication Research Centre, 2005, p 3.

³ Ver. “Major culpa a la prensa de la nueva crisis de liderazgo en su partido”, en *El País*, 2 de mayo de 1996.

referencia *The Times*, atacaban duramente en aquellos momentos al líder conservador. Ambos periódicos eran propiedad de News Corporation, y detrás de sus críticas se encontraba una nueva estrategia corporativa de Rupert Murdoch y su aparato mediático en Gran Bretaña. Pero antes de ello, vamos a detenernos en la etapa de *feliz matrimonio* entre el magnate y la primera ministra Margaret Thatcher.

Los años de entendimiento con los conservadores

Rupert Murdoch inicia su andadura mediática en Gran Bretaña en 1968, años después de haberse puesto al frente del grupo familiar Herald & Weekly Times Limited en Australia. Tras una época de éxito en su país natal, el joven Murdoch se da cuenta de que para sobrevivir y crecer en el negocio es imprescindible la transnacionalización. De esta forma se interna en el mundo de la prensa inglesa cuando adquiere una alta participación en el tabloide *News of the World*. Esta compra no estuvo exenta de intereses políticos, ya que en la puja por las acciones también se posicionó otro grande de los medios, Robert Maxwell, que por aquel entonces era un parlamentario socialista internado en la comunicación. El periódico en liza estaba controlado por la familia de Sir William Carr, quien no veía con buenos ojos la posibilidad de que Maxwell entrara a participar y pudiera alterar la línea editorial. Por este motivo, el aristócrata buscó el apoyo de Murdoch para que se convirtiera en el nuevo socio y se garantizara de esta forma la inclinación del tabloide hacia la derecha. Con lo que no contaba Carr era con el desembarco posterior de Murdoch en la presidencia del periódico, tras hacerse con una mayoría de las acciones y comprobar que “tenía que limpiar la casa por lo mal que iba la compañía⁴”, según sus propias palabras.

A partir de este momento, la trayectoria del magnate australiano será imparable y contará con el beneplácito y la ayuda de los conservadores, que encontrarán en los medios de Murdoch el apoyo necesario para mantenerse en el poder durante dieciocho años. El entendimiento con Margaret Thatcher empezó incluso antes de que esta llegara al poder, de tal forma que cuando en 1969 compra *The Sun*, el periódico se mostrará especialmente proclive a la líder conservadora.

⁴ TUCCILLE, Jerome: Rupert Murdoch, *Creator of a Worldwide Media Empire*, Beard Books, 2003.

El empresario australiano parecía intuir un cambio de gobierno, tal y como le ocurrirá después con los laboristas, y decidió estrenarse en la década de los setenta con publicaciones y medios que sirvieran de baluarte a la derecha británica, al tiempo que se aseguraba la permisividad legal para ampliar su imperio. En un interesante artículo, el escritor Russ Baker afirma:

“Murdoch usa sus diversos holdings, que incluyen cadenas de periódicos, revistas, equipos deportivos, estudios cinematográficos y editoras, para promover sus propios intereses financieros por encima de las noticias veraces, las normas y regulaciones, y la ética periodística. Maneja sus medios de comunicación como instrumentos de influencia con los políticos que pueden ayudarle (...).Durante los gobiernos de Thatcher y Major, los proyectos de Murdoch -sobre todo la adquisición de periódicos y el lanzamiento de BSKYB – fueron repetidamente favorecidos con regulaciones permisivas y la imposibilidad de leyes antimonopolio. Los periódicos de Murdoch, por su parte, jugaron un papel central en el sostenimiento de la carrera de Thatcher y atacaron virulentamente a sus opositores.⁵”

De esta manera, en enero de 1981, el gobierno de la primera ministra dio su autorización para la compra de Times Newspapers, a través de la que Murdoch adquiriría *The Times* y *Sunday Times*. La compra significaba el control de una alta cuota de mercado por parte de una sola compañía, ya que a los recién adquiridos había que sumarle los sensacionalistas *News of the World* y *The Sun*. La suma de la tirada de todos ellos llegaba, por ejemplo, hasta el 36 por ciento de la prensa dominical con nueve millones y medio de ejemplares en la calle. Por este motivo, diversos parlamentarios solicitaron que la operación fuera revisada por la comisión de monopolios. Esta petición tenía su base en la ley antimonopolios británica de 1971, según la cual el nuevo propietario de una publicación necesitaba el permiso del ministro de Comercio si la tirada conjunta de los periódicos que ya poseía, y de los que adquiriera, superaba en total los 500.000 ejemplares, algo que como hemos visto ocurría en el caso de Murdoch. La primera ministra, sin embargo, negó esta posibilidad al considerar que la operación era perfectamente legal si se imponían una serie de condiciones, entre las que se encontraban la obligación de mantener la independencia de opinión. Sobre esta cuestión, la periodista Marie Bénilde recordaba recientemente en *Le Monde Diplomatique* qué fue realmente lo que ocurrió:

⁵ BAKER, Russ: “Murdoch’s Mean Machine”, en *Columbia Journalism Review*, May-June 1998.

“John Biffen, que era el ministro encargado de ese tema en el gobierno de Margaret Thatcher, admitió que el arreglo comparable que se negoció entonces era apenas un *taparrabos* (fig. leaf, en inglés) destinado a permitir la operación. Un año después de la compra, cuando el vice-director del periódico le recordó a Murdoch las garantías de independencia que había concedido, el propietario le respondió: ‘Por Dios, no tome todo eso en serio! ¿Por qué no puedo dar instrucciones al *Times*, si lo hago con todos mis otros diarios?’. De hecho, Murdoch controla un imperio mediático cuya característica es imponer una estricta obediencia, mezclando estrechamente intereses políticos, económicos y financieros⁶”.

En 1982 Harold Evans dimitió como director de *The Times* tras enfrentarse abiertamente con el nuevo propietario, a quien había disgustado la crítica línea de la publicación con el gobierno thatcherista. Años más tarde, en 1994, ocurrirá algo parecido con Andrew Neil, editor del *Sunday Times*. Tras publicar una información que destapaba turbios asuntos⁷ entre el ejecutivo de Major y el de Malasia en la compra-venta de armamento, Neil fue “exiliado” a Estados Unidos para encargarse de otros proyectos mediáticos del grupo.

Parecía evidente que Murdoch no estaba dispuesto a irritar a los conservadores, con los que había conseguido un entendimiento que le permitía crecer, no sólo sin miedo a las limitaciones gubernamentales, sino también con decisiones ejecutivas que le favorecían. Sobre este último aspecto, cabe recordar la reforma laboral llevada a cabo por los *tories* a mediados de los ochenta, según la cual no estaba permitida la celebración de manifestaciones o el entorpecimiento de la actividad en sitio diferente al del habitual del puesto de trabajo. Acogiéndose a esta nueva normativa, Murdoch llevó a cabo una reconversión tecnológica que incluía la puesta en marcha de una gigantesca planta de producción de periódicos, que supuso la reacción negativa y la protesta del sindicato de tipógrafos, gremio que también controlaba la distribución. La oferta que el magnate hizo a los sindicatos tradicionales suponía además la aceptación de dos condiciones⁸: el derecho de la dirección a dirigir y un contrato con cláusula que impidiera la huelga.

⁶ VENIDLE, Marie: “Concentración de medios de comunicación, ética y relaciones de poder. Murdoch: comprador y mercader de influencia”, en *Le Monde Diplomatique*, 7 de julio de 2007.

⁷ Ver. LASKY, Melvin J.: *The Language of Journalism*, Transaction Publishers, 2005, p. 121.

⁸ “Huelga contra la reconversión tecnológica en cuatro diarios británicos propiedad de Murdoch”, en *El País*, 26 de enero de 1986.

Los sindicatos no aceptaron la propuesta de Murdoch y éste decidió despedir a más de cinco mil trabajadores, iniciándose desde entonces una huelga y un enfrentamiento que duró más de un año. Además, contrató a personal electricista y a técnicos electrónicos que consiguieron sacar adelante y distribuir los cuatro periódicos de la compañía. De nada sirvió el apoyo que los huelguistas recibieron por parte de los redactores del diario *The Sun*, que en votación secreta decidieron no acudir a las nuevas instalaciones de Wapping, en el sureste de Londres, a pesar de que a algunos de ellos les costó el empleo, tal y como relata Brian Whitaker, actual redactor de *The Guardian*:

“En un principio, se trataba de un enfrentamiento Murdoch-sindicatos, si bien los periodistas se vieron pronto involucrados. Si seguíamos yendo a trabajar, Murdoch tendría más posibilidades de vencer a los huelguistas; si no, decía un compañero bromista, perderíamos el empleo pero nos ganaríamos una ovación en el congreso del Sindicato Nacional de Periodistas. (...) Y, sin embargo, los periodistas estábamos atrapados. No había forma de esquivar una decisión definitiva, de declararse a favor de Murdoch o de los sindicatos, de mantener el puesto de trabajo o renunciar a él. (...) Estaba claro que Murdoch había buscado el enfrentamiento y que, pese a conversar con los sindicatos, no tenía ninguna intención de negociar. (...) En el fondo, yo no estaba dispuesto a ayudar a Murdoch a imponerse a los sindicatos. Ni a sacrificarme por él, atravesar en autobuses protegidos y permanecer encerrado en la redacción hasta que llegara la hora de marcharse a casa. (...) Al final decidí que era una lucha personal de Murdoch en la que yo no tenía nada que ver. (...) Sólo hay una forma de luchar contra ese tipo de intimidación. Hacer un gesto de adiós y marcharse. Tomar la decisión es sumamente doloroso. Pero lo cierto es que hacerlo resulta, para cualquier periodista, la experiencia profesional más estimulante de la vida⁹”.

Tampoco sirvieron de nada las manifestaciones llevadas a cabo, en las que la policía se empleó a fondo, destacando de manera especial la ocurrida en enero de 1987, en la que resultaron heridas más de doscientas personas. Unas semanas más tarde, los sindicatos decidieron dar por terminada la huelga ante las posibles demandas que podía emprender Rupert Murdoch en los tribunales por daños y perjuicios. De hecho, poco después de iniciarse el conflicto, el magnate les pidió una indemnización por haber interrumpido la publicación de *News of the World*. La justicia también se puso de su parte cuando un tribunal británico ordenaba el secuestro de los bienes de una de las centrales sindicales que se había negado a acatar una orden judicial que prohibía a los trabajadores entorpecer la distribución de las cabeceras de News Corporation.

⁹ “Diez años después de Wapping”, en *El Mundo*, 12 de enero de 1996.

El caso descrito puede entenderse a la perfección si tenemos en cuenta el contexto político-económico de la época en Gran Bretaña. Nadie duda en la actualidad de la decidida actuación de Margaret Thatcher por recortar el poder sindical de las Trade Unions, que además poseían una enorme influencia dentro del partido laborista. A través de sucesivas leyes, encaminadas también a flexibilizar el mercado laboral y a eliminar obstáculos para el libre mercado, el gobierno conservador allanó el camino a la empresa privada y la liberó de costes sociales. Bajo estas condiciones, resulta posible que Murdoch pueda aguantar un año de conflicto en su empresa, también que pueda despedir a más de cinco mil trabajadores y realizar contratos en los que quede prohibido el derecho a huelga. De igual manera, podemos entender que pudieran imponerse sanciones a los sindicatos en caso de huelga, ya que esta podía ser declarada no oficial, tal y como se recogía en las conocidas como Employments Acts.

A partir de todas estas circunstancias, seguimos la pista de la buena sintonía Murdoch-Thatcher, y comprendemos cómo el magnate seguirá apoyando de forma incondicional a la primera ministra, que con sus medidas facilita una cómoda posición al magnate australiano. No sólo le permite adquirir medios, sino que también regula a favor del mercado, algo que es aplaudido por el empresario. En *The Case of Great Britain*, Golding (et al) se detienen de forma explícita en el siguiente capítulo en el desarrollo de News Corporation, la compra de BskyB:

“La legislación existente sobre monopolios fue interpretada de forma favorable en 1981 para permitir a su compañía la compra de *The Times* y *Sunday Times* ese mismo año y también en 1987 para permitir la adquisición del periódico *Today*. Más significativo fue el acuerdo que la señora Thatcher hizo en 1990 para permitir la combinación de la señal de televisión por satélite oficialmente autorizada, el British Satellite Broadcasting, con su nueva plataforma digital SKY. Esta decisión contradecía los términos de la nueva Ley de Difusión de 1990 y le permitía un monopolio absoluto de la operación por satélite en el Reino Unido (algo que no ha logrado en ninguna de sus otras aventuras comunicativas en diferentes países).¹⁰”

Peter Preston, ex director de *The Guardian* y presidente del Instituto Internacional de Prensa durante algunos años, contaba en 1997 cómo la falta de voluntad regulatoria

¹⁰ GOLDING, Peter (et al): *The case of...* Op. Cit. pp. 2-3.

en el terreno digital británico había permitido a Murdoch en 1990 fusionar los dos proyectos existentes en aquel momento, Sky y BSB en uno sólo. Se producía, de esta manera, un monopolio en el sector que, sin embargo, contó con el beneplácito del gobierno. La creación de British Sky Broadcasting sí fue cuestionada por la oposición, que consideraba que el alto porcentaje accionario de Murdoch en la nueva plataforma podía colisionar con la nueva ley audiovisual, la cual no permitía a un editor de prensa poseer más del 20 por ciento en una televisión. El ejecutivo de Margaret Thatcher se limitó a decir que estudiaría con detalle el caso. Apenas unos meses después de la puesta en marcha del proyecto Sky, Rupert Murdoch comenzó a contar con pérdidas millonarias y con un público británico poco interesado en gastar en televisión por satélite. La otra plataforma existente en el mercado tampoco contaba con mejores expectativas, por lo que la unión para la supervivencia se vislumbraba como el único camino para salir de la crisis. De esta manera se lo planteó a Margaret Thatcher, que dio el visto bueno proporcionando a Murdoch un salvavidas para su faraónico proyecto. Unos meses más tarde, la primera ministra dimitía por problemas internos de su partido y era sucedida por John Major, lo que iba a propiciar una nueva etapa en las relaciones entre los conservadores y Rupert Murdoch.

El alejamiento de los conservadores y la amistad con Blair

A pocos meses de las elecciones británicas de 1997, Tony Blair prometía en una entrevista concedida al semanario *New Statesman* que los grandes grupos de comunicación no tendrían que reducir su tamaño si los laboristas conseguían la victoria. Este guiño a Rupert Murdoch del que llegaría a ser primer ministro era fruto de una doble y paralela circunstancia política gestada en los últimos cinco años. Por un lado, el distanciamiento entre John Major y el magnate australiano y, por otro, la cada vez mayor proximidad entre este y Tony Blair. Las razones de este viraje ideológico, con repercusiones mediáticas, tiene mucho que ver con los intentos de regulación del sector en Gran Bretaña.

A finales de los ochenta, la larga década que los conservadores habían estado en el poder resultaba un lastre para futuras reelecciones. La crisis interna, que provoca la salida de Margaret Thatcher, pudo ser controlada apenas unos años por su sucesor, John Major que, sin embargo, empezará también pronto a recibir críticas de sus propios

compañeros de partido. Incluso su mentora, la ex primera ministra, llegó a publicar un artículo en la revista *Newsweek* atacando la política de su sucesor y afirmando que Major había logrado ganar las elecciones por la herencia thatcherista. También el ex ministro Norman Lamont fue implacable en sus críticas a Major, al que llegó a acusar de gobernar sin rumbo y sin ideas. Cuestionado como líder de los conservadores y metido de lleno en una batalla interna entre proeuropeos y euroescéptico, Major se atreve además a diseñar un proyecto de ley sobre concentración de medios en Gran Bretaña. Según este, los grupos de prensa que controlaran menos del 20 por ciento del mercado nacional podrían participar con un máximo del quince por ciento en el sector televisivo. A esto se añadía que los grupos audiovisuales pudieran alcanzar una audiencia del 15 por ciento, pero con el límite de dos cadenas regionales. Este mismo porcentaje se aplicaría también a la televisión por cable y satélite.

Resulta evidente que John Major estaba llevando a cabo una regulación del sector que suponía la imposición de unos límites y el control gubernamental¹¹, cuestiones ambas rechazadas como principios por Rupert Murdoch. El magnate veía de esta manera cómo sus antiguos socios políticos ponían freno a su siempre creciente ansia expansionista, lo que se tradujo de forma inmediata en un feroz ataque desde sus medios al primer ministro británico. El vuelco en la línea editorial se aplica fundamentalmente a sus principales periódicos, *News of the World*, *The Sun* y *The Times*, que abiertamente se van a declarar partidarios de Tony Blair. Mientras que en los dos primeros, el cambio fue explícito, el tercero se mantuvo en una posición menos manifiesta pero igualmente pro laborista. Murdoch había decidido cambiar de aliados, argumentando a través de sus cabeceras que era necesario darle al “cambio” una oportunidad ya que los tories se encontraban “agotados, divididos y sin timón”. Estas declaraciones aparecían en el periódico *The Sun* que, además, afirmaba sin tapujos que había llegado el momento de contar con un líder que tuviera “visión, objetivos y valor¹²”.

Por su parte, Tony Blair había comenzado dos años antes una campaña de proximidad a Rupert Murdoch, lo que le llevó incluso a asistir en 1996 a una conferencia organizada en Australia por News Corporation y a mantener frecuentes

¹¹ “El proyecto británico de regulación de los medios limita el ‘imperio Murdoch’”, en *El País*, 24 de mayo de 1995.

¹² “Blair arranca su campaña con el apoyo del principal diario sensacionalista”, en *El País*, 19 de marzo de 1997.

contactos con Lachlan Murdoch, hijo del magnate. Desde esta fecha, tal y como se conocerá más adelante, el pacto entre los laboristas y el dueño de *The Sun* será una evidencia para la clase política y periodística del país. Así, en 1998, fuentes de News Corporation hicieron público que, antes de las elecciones, Blair visitaba con frecuencia la residencia de Murdoch. También empezarán a conocerse los favores políticos que el líder laborista realizará para mantener, o desarrollar, los negocios del megagrupo mediático, utilizando para ello sus influencias a nivel internacional.

Esta circunstancia llevará al Parlamento británico a pedir al primer ministro explicaciones sobre sus vínculos con Murdoch. La petición se produjo tras conocerse¹³ que Blair había mantenido conversaciones con Romano Prodi para conocer la posición del ejecutivo italiano en caso de que Murdoch intentara desembarcar en el grupo audiovisual Mediaset. Meses más tarde, la ministra de Industria y Comercio, Margaret Beckett anunciaba la intención del gobierno de revocar una iniciativa legal que pretendía impedir que Murdoch bajara el precio del *Times* argumentando que no “iban a utilizar una ley como instrumento dirigido contra un individuo o grupo”.

A finales de los noventa, Rupert Murdoch había conseguido adaptarse a la nueva situación política en Gran Bretaña y había logrado que, a pesar del cambio de signo ideológico, sus negocios estuvieran a salvo del control gubernamental. En uno de sus alardes de sinceridad, el magnate concedió una entrevista¹⁴ en el Channel 4 y admitió que aunque se definía como conservador, estaba dispuesto a apoyar a políticos como Blair si ello le favorecía. La declaración era una clara advertencia al gobierno laborista, que volvió a contar con el respaldo mediático del australiano en los comicios de 2001. En esta ocasión, los sensacionalistas se mantendrán en la línea que ya demostraron en 1997, pero sin embargo sorprenderá el apoyo –esta vez sí– explícito de *The Times*, pidiendo el voto para el partido de Tony Blair. En un editorial comentado por toda la prensa internacional, el hasta ese momento diario conservador afirmaba:

“Tras cuatro años de Gobierno, los laboristas han consolidado muchos elementos del thatcherismo, como la preocupación por la inflación, la moderación fiscal y la 'desconfianza' hacia los sindicatos, aunque está 'menos claro' que puedan extender las reformas a los

¹³ “Amistades peligrosas”, en *El Mundo*, 29 de marzo de 1998.

¹⁴ “La confesión del magnate Rupert Murdoch”, en *El Mundo*, 10 de noviembre de 1998.

servicios públicos centrales: educación, sanidad, seguridad ciudadana y transportes. Pero la alternativa es peor. El Partido Conservador aún no está preparado a estas alturas para competir' con el programa laborista tras 'una campaña confusa, que refleja cuatro años de confusión, en los que se han sentado juntos y revueltos los políticos más mesurados con el más crudo populismo. 'Con estas condiciones, y por primera vez en su historia, *The Times* ofrece un cauto pero claro apoyo al Partido Laborista en estas elecciones¹⁵'.

La nueva legislatura de los laboristas traerá cambios beneficiosos para el aumento de concentración en Gran Bretaña. Así, en 2003, se aprueba la Communication Bill que, entre otras cosas, permitirá la fusión de cadenas televisivas, la adquisición de televisiones por grupos de prensa y la entrada de capital extranjero en el accionariado de las cadenas¹⁶. Estas nuevas normas permitirían a Rupert Murdoch saltar al terreno de la televisión convencional británica, al levantar la prohibición de que aquella corporación que tuviera en su poder más del 20 por ciento del mercado de prensa no pudiera hacerse con una licencia de televisión terrestre. En aquel momento, los analistas vaticinaron la entrada de Murdoch en Channel 5, aunque la sorpresa vino tres años después cuando BSkyB adquirió casi el 18 por ciento de ITV, otra cadena de televisión británica, convirtiéndose así en su primer accionista. De esta forma, se cumplían las expectativas depositadas en la nueva legislación que, amparándose en la evolución del propio discurso a nivel europeo, fomentaba la concentración mediática.

El análisis del nuevo matrimonio Blair-Murdoch ha seguido funcionando en los últimos años, e incluso ha encontrado una progresión transnacional en términos políticos y mediáticos. Nos referimos, evidentemente, a la perfecta sintonía demostrada durante la guerra de Irak por el eje Bush-Blair-Murdoch, que conformaron la base idónea para defender el conflicto de cara a la opinión pública. Los dos políticos, de signo diferente al menos en teoría, unieron esfuerzos para invadir Irak y contaron con la inestimable ayuda de los medios de Murdoch. Mientras, éste último se veía respaldado en Estados Unidos para poder llevar a cabo la adquisición de DirectTV, la televisión por satélite norteamericana. Y en Gran Bretaña, ya hemos visto que la Communication Bill abría las puertas a News Corporation para internarse en la televisión privada.

¹⁵ *The Times*, 5 de junio de 2001. Cit. "The Times apuntilla a Hague al pedir el voto laborista por primera vez en su historia", en *El País*, 6 de junio de 2001.

¹⁶ Vid. SANGIL, Luis: "Dos grandes mercados de medios que se preparan para una nueva ola de fusiones", en *Mediabriefing.com Diario de tendencias y actualidad de los medios*, febrero de 2003, p. 4.

A este dominio de los mercados británico y estadounidense, podemos unir también su expansión en otras zonas de Europa, como ocurrió en 2002 cuando se hizo con el control de la plataforma digital italiana Telepiú. Haciéndose eco de la dinámica propia de finales de los noventa en el mundo de la comunicación, News Corporation ha crecido transnacionalmente y se ha instalado como grupo de referencia a nivel planetario. Uno de sus últimos movimientos ha sido la adquisición del emblemático *The Wall Street Journal*, en una operación que ha vuelto a sorprender y a cuestionar la futura independencia del rotativo.

Mientras, en Gran Bretaña, la sucesión en el gobierno de Tony Blair por parte de Gordon Brown ha hecho que vuelva a cuestionarse cuál seguirá siendo la relación con Rupert Murdoch, sobre todo cuando se plantea la cercanía de unas elecciones generales para el próximo año. Tras comprobar la determinante influencia de las cabeceras que domina sobre la opinión pública, y que quedan patentes en cuestiones tales como la Unión Europea, parece más que probable que el nuevo primer ministro seguirá buscando la ayuda del magnate. Precisamente, sobre la dependencia del ejecutivo británico respecto de los medios de News Corporation, el periodista T. Garton Ash planteaba hace unos meses que la alternativa a la situación se encontraba en la posibilidad de que Brown realizara el siguiente cuestionamiento:

“¿Cuál es la alternativa? La alternativa es que haga lo que no han hecho los gobernantes británicos en los últimos 15 años y se decida, por fin, a plantar cara a los Murdoch y Dacre. Que se pregunte: ¿Quién gobierna en el Reino Unido? Y responda: deben gobernar los representantes elegidos del pueblo británico, y no unos dueños y directores de periódicos a los que nadie ha elegido y que gozan de lo que, como dijo en una ocasión Stanley Baldwin, siempre han buscado: ‘El poder sin la responsabilidad, la prerrogativa de las prostitutas a lo largo de la historia¹⁷’.

A pesar de que un año después de la compra de acciones de ITV, el gobierno mandó investigar la operación realizada cuando Brown era ministro de economía, a finales de 2007 el ya primer ministro británico mantenía sus contactos con Murdoch siguiendo la estela de su antecesor Tony Blair. En el otoño de ese mismo año, la prensa se hizo eco de la recepción ofrecida por Gordon Brown al magnate australiano en la residencia de campo de los primeros ministros. Posiblemente, el político temía el viraje

¹⁷ “Gordon Brown y el futuro de Europa”, en *El País*, 20 de mayo de 2007.

de Murdoch ante las expectativas creadas por los tories y su líder David Cameron, que unos meses antes se había situado a la cabeza de las encuestas. En agosto de 2007, el propio *The Sunday Times*, basándose en una encuesta realizada por la consultora YouGov, otorgaba a Brown una ventaja de 10 puntos, la mayor desde los tiempos en los que Tony Blair había entrado en Irak. Los datos también confirmaban que en caso de celebración de elecciones, los laboristas obtendrían un 42% de los votos, frente al 32% de los conservadores. De esta manera, parece confirmarse la permanencia en el poder de Brown y, por tanto, la *fidelidad* de Murdoch a los laboristas, aunque con él nunca hay asegurado nada para los políticos. Según sus propias y sarcásticas palabras sigue siendo un idealista, aunque se siente más partidario de libre mercado que de otra cosa porque “no sirve de nada hacer la pelota a los políticos, sino que lo importante es sintonizar con las inclinaciones de las bases¹⁸”.

BIBLIOGRAFÍA

BAKER, Russ: “Murdoch’s Mean Machine”, en *Columbia Journalism Review*, May-June 1998.

FRATTINI, Enric y COLÍAS, Yolanda: *Tiburones de la comunicación*, Ediciones Pirámides, Madrid, 1996.

GOLDIN, Peter; DEACON, David; McGUIGAN, Jim; PURDEY, Heather y RAWSON, Sarah: *The case of Great Britain*, Loughborough University, Communication Research Center, 2005.

LASKY, Melvin J.: *The language of Journalism*, Transaction Publishers, 2005.

SANGIL, Luis: “Dos grandes mercados de medios que se preparan para una nueva ola de fusiones”, en *Mediabriefing.com. Diario de tendencias y actualidad de los medios*, febrero de 2003.

TUCCILLE, Jerome: *Rupert Murdoch, Creator of a Worldwide Media Empire*, Beard Books, 2003.

VENIDLE, Marie: “Concentración de medios de comunicación, ética y relaciones de poder. Murdoch: comprador y mercader de influencia”, en *Le Monde Diplomatique*, 7 de julio de 2007.

¹⁸ “La confesión del magnate Rupert Murdoch”, en *El Mundo*, 10 de noviembre de 1998.

HEMEROGRAFÍA

“Amistades peligrosas”, en *El Mundo*, 29 de marzo de 1998.

“Blair arranca su campaña con el apoyo del principal diario sensacionalista”, en *El País*, 19 de marzo de 1997.

“Diez años después de Wapping”, en *El Mundo*, 12 de enero de 1996.

“El proyecto británico de regulación de los medios limita el ‘imperio Murdoch’”, en *El País*, 24 de mayo de 1995.

“Gordon Brown y el futuro de Europa”, en *El País*, 20 de mayo de 2007.

“Huelga contra la reconversión tecnológica en cuatro diarios británicos propiedad de Murdoch”, en *El País*, 26 de enero de 1986.

“La confesión del magnate Rupert Murdoch”, en *El Mundo*, 10 de noviembre de 1998.

“Major culpa a la prensa de la nueva crisis de liderazgo en su partido”, *El País*, 2 de mayo de 1996.

“The Times apuntilla a Hague al pedir el voto laborista por primera vez en su historia”, en *El País*, 6 de junio de 2001.